
Los evangelios apócrifos

*Ténganse en cuenta –y reléase– la “Referencia
Introductoria” de página 43.*

Sobre este tema (que en algunos ambientes se ha puesto de moda), he recibido muchas consultas de variado tenor; como muestra, elijo una por estar suscrita por una persona que firma sugestiva (y desafiantemente) “Un hombre que busca la verdad”; y dice:

Hago tan sólo una pregunta: ¿es verdad que existen evangelios que la Iglesia no quiso mostrar, los cuales son escritos verdaderos pero no quisieron ponerlos por la época y la creencia de esa sociedad antigua?

También esta otra:

He escuchado que existen otros evangelios en la Iglesia Católica que no son sólo los cuatro conocidos, y que se llaman evangelios apócrifos que, de acuerdo a la información que tengo, habrían sido escritos por los otros apóstoles de Jesús, (sé que Lucas no fue apóstol) y que por diversas razones, entre ellas contradicciones y un alto nivel para el pueblo en general, no son publicados ni dados a conocer. ¿Qué hay de esto?

Ya he mencionado que, entre los protestantes, el término apócrifo designa los escritos del Antiguo Testamento que nosotros llamamos deuterocanónicos. No es el objeto principal de las consultas hechas más arriba; hablamos pues ahora exclusivamente de los escritos “apócrifos” llamados así por los católicos (y que en lenguaje protestante se designan como “apócrifos del Nuevo Testamento” y

“pseudepígrafos” del Antiguo Testamento). Éstos no están incluidos en el canon de la Biblia ni católica ni protestante.

Apócrifo (que etimológicamente proviene de “apokríptō”) significa “cosa escondida, oculta”; en la antigüedad, el término servía para designar los libros que se destinaban exclusivamente al uso privado de los adeptos a una secta o iniciados en un misterio. Así, entre los romanos, los libros *Sibilinos* y el *Ius Pontificum*. Después, pasó a designar entre los judíos, el libro que tiene origen dudoso o cuya autenticidad se impugnaba. Los rabinos hablaban de “hisônîn”, “libros que están fuera”, o sea ajenos a la colección sagrada y empleados por los herejes y samaritanos. Entre los cristianos, se designó como “apócrifos” a ciertos escritos cuyo autor era desconocido y que desarrollaban temas ambiguos, si bien se presentaban con el carácter de sagrados. Con el tiempo, el término apócrifo vino a significar un escrito sospechado de herejía o, en general, poco recomendable¹.

Consta por el testimonio de San Lucas (Lc 1,1) que ya desde el principio, muchos emprendieron el trabajo de coordinar la narración de las cosas que tuvieron lugar en tiempo de Jesús. Orígenes (muerto en el 253), al comentar este pasaje, distinguía ya, al lado de los cuatro evangelios inspirados y recibidos como tales por la Iglesia, otros muchos “compuestos por quienes se lanzaron a escribir evangelios sin estar investidos de la gracia del Espíritu Santo”², y que, por tanto, estaban destituidos de toda autoridad. Según él, tales libros estaban, sobre todo, en poder de los herejes. Lo mismo señalaron otros autores antiguos como San Ireneo (+ 202) y Clemente Alejandrino (+ 215), aunque sin tanto rigor. Eusebio de Cesarea, en el siglo IV, al tratar los libros

¹ Cf. la bibliografía recomendada.

² Orígenes, *Hom. In Luc.* I, PG 13,1801.

del Nuevo Testamento, después de enumerar los que unánimemente son aceptados por todos (*protocanónicos*) y los que aún son objeto de discusión (*deuterocanónicos*), habla de otros que son *bastardos* y *espurios*, a quienes en griego denomina “*nótha*”. Entre éstos distingue dos categorías: (a) los que, sin pertenecer al canon neotestamentario, son, sin embargo, citados por autores eclesiásticos y presentan un carácter ortodoxo (por ejemplo, Hechos de Pablo, Pastor de Hermas, Carta de Bernabé, Apocalipsis de Juan, Evangelio de los Hebreos, etc.), y (b) los que, teniendo contenido herético, pretenden reemplazar a las escrituras canónicas y por eso se cobijan bajo el nombre de los apóstoles (por ejemplo, Evangelios de Pedro, Tomás, Matías, Hechos de Juan, etc.). Explícitamente dice de estos últimos, que “los han propalado los herejes” y que “jamás uno sólo entre los escritores ortodoxos juzgó digno el hacer mención de estos libros en sus escritos”³.

El número de estos escritos es muy grande.

Entre los apócrifos del Antiguo Testamento, se cuentan los *apócrifos históricos* (en gran parte de carácter legendario, sin valor histórico: Libro de los Jubileos, 3Esdras, 3Macabeos, Vida de Adán y Eva, Apocalipsis de Moisés, Testamento de Adán, Asunción de Isaías, Historia de los Rekabitas, Sentencias póstumas de Jeremías o de Baruc, José y Asenet, Testamento de Job, Testamento de Salomón, etc.); *apócrifos didácticos* (en parte influidos por las ideas morales del Antiguo Testamento pero muy lejos de su dignidad; entre éstos: Testamento de los doce patriarcas, Salmo 151, Salmos de Salomón, Oración de Manasés, 4Macabeos, Apéndice a Job); *apócrifos apocalípticos* (rico material para entender las ideas apocalípticas de los tiempos

³ Eusebio, *Historia Eclesiástica*, III, 25; PG 29,268ss. Hay versión bilingüe español y griego, editada por BAC, Madrid 1973; se puede leer estos pasajes en págs. 164-165.

anteriores y posteriores a Cristo; entre éstos: Libro de Henok, Asunción de Moisés, 4Esdras, Apocalipsis de Baruk, Apocalipsis de Abraham, Testamento de Abraham, Apocalipsis de Elías, de Sofonías, de Ezequiel, Oráculos Sibílicos, Prólogo a Lamentaciones).

Entre los apócrifos cristianos, se cuentan más de cien obras en una de las mejores colecciones que es la de Hennecke; en la edición de “Los Evangelios Apócrifos” de Luigi Moraldi, éstos ocupan más de 2.000 páginas. Entre estos escritos, algunos son obras no evangélicas, que imitan los géneros literarios que aparecen en el Nuevo Testamento, particularmente *epístolas* (epístolas pseudopaulinas, o de otros apóstoles), *hechos apostólicos* (Hechos de los apóstoles atribuidos a Juan, Pedro, Pablo, Andrés, Tomás), y *apocalipsis* (de Pedro, Pablo, Tomás). Más abundantes son los escritos que imitan los *evangelios*, que en su mayoría llevan el nombre de apóstoles o personajes célebres de la Iglesia primitiva (Tomás, Santiago, Felipe, María, Nicodemo). Algunos son marcadamente teológicos y tienen una relación remota con la historia de Jesús (como el *Evangelio de la Verdad*, escrito copto que es un tratado abstracto de tendencia gnóstica). Algunos son de origen y tendencia marcadamente gnóstica; otros, en cambio, fueron escritos para responder a la curiosidad popular por los detalles ignorados de la vida de Jesús (algunos dan detalles de su vida oculta, o de lo que hizo durante su descenso a los infiernos). Algunos pocos son muy antiguos (por ejemplo, ya en el año 150 se conocía una versión de los *Hechos de Pilato*), pero en general son más tardíos y no conservan verdaderos recuerdos históricos, aunque alguno de ellos haya ejercido de hecho una gran influencia en la piedad cristiana popular (el caso del llamado *Protoevangelio de Santiago*).

Dentro de algunos de estos escritos (los menos influenciados por las tendencias e ideologías gnósticas), hay

cosas muy valiosas, tal vez con datos y anécdotas históricas de Cristo que han pervivido en la tradición; pero están mezcladas con datos que son ciertamente falsos, como errores geográficos de Palestina, falta de fidelidad histórica, relatos de milagros fantasiosos en la infancia de Cristo (en el *Evangelio de Tomás*, por ejemplo, aparece Cristo haciendo pajaritos de arcilla y dándoles vida con un soplo) o milagros punitivos (Cristo hace milagros para castigar a quienes no quieren aceptarlo, como en el *Evangelio de Pedro*).

Ante todo esto, la Iglesia reaccionó prontamente, pues estos escritos tocaban de cerca las fuentes de la revelación, introduciendo errores y confusión. No se conoce ningún decreto que catalogara y condenara los apócrifos, salvo el *Decretum Gelasianum*, considerado durante un tiempo como documento público de la Iglesia, pero hoy estimado como escrito privado. Sin embargo, sobre todo a través de numerosos documentos patrísticos, se puede vislumbrar el sentir de la Iglesia sobre el tema. Son muy expresivos así, además de los testimonios de Orígenes y Eusebio arriba citados, los de Inocencio I en su carta a Exuperio de Tolosa, en la que condena los escritos falsificados por Leucio, o la carta de Santo Toribio de Astorga condenando los apócrifos priscilianistas de uso en España. Algunos Padres no guardaron esperanza de encontrar en ellos nada de provecho, como San Jerónimo; otros, en cambio, dejando en claro su acanonicidad (o sea, que no pertenecen al canon de los libros inspirados), reconocieron que se podía encontrar “algo de verdad” en algunos relatos, así San Agustín, Clemente de Alejandría, Eusebio, San Epifanio, San Andrés de Creta, San Juan Damasceno. De todos modos, nunca los reconocieron como inspirados, y sólo aceptaron como probable, aquello que de ningún modo se oponía o contradecía lo que está contenido en los escritos canónicos.

Bibliografía: Aurelio de Santos, *Los Evangelios Apócrifos*, BAC, Madrid 1956. También: Raymond E. Brown, *Apócrifos. Manuscritos del Mar Muerto y otros escritos judíos*, en: AA.VV., *Comentario Bíblico "San Jerónimo"*, tomo V, Cristiandad, Madrid 1972, pp. 99-128. A. Díez Macho (dir.), *Introducción a los Apócrifos* (vol. I de la obra: *Apócrifos del Antiguo Testamento*), 8 vol., Cristiandad, Madrid 1982 ss.; M. Erbetta, *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento*, (3 vol.), Turín 1981; E. Hennecke-W. Schneemelcher, *Neutestamentliche Apokryphen*, 2 vol., Tubinga 1959-1964 (es la obra más consultada por los estudiosos). Sobre el *Evangelio de Tomás* (tan de moda hoy en día entre los influenciados por la New Age): A. Guillaumont, H. C. Puech, G. Quispel, W. Will, *Évangile de Thomas: texte copte et traduction française*, 1959; J. E. Ménard, *L'Évangile selon Thomas: introduction, traduction, commentaire*, Leiden 1975; Philip Jenkins, *Hidden Gospels: How the Search for Jesus Lost Its Way*, Oxford University Press, New York 2001; Carl A. Raschke, *The Interruption of Eternity: Modern Gnosticism and the Origins of the New Religions Consciousness*, Chicago, Nelson-Hall 1980.

Para más información y compras, dirigirse a
"Ediciones del Verbo Encarnado"

El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel: +54 (0)02627 – 430451
E-mail: ediciones@iveargentina.org
<http://www.edicionesive.org.ar>
<http://www.iveargentina.org>